

A LA SOMBRA DEL PASADO

Por: Fidel Sanata Grey
Jorge Alberto Cinza

Como lo hizo durante los últimos diez años, el Comisario Marcial Ceniza ingresó a la División Homicidios. Habitualmente lo hacía media mañana y por la puerta lateral que comunicaba la guardia con la cochera de la dependencia. De manera casi calcada, enfundado en un traje gris con camisa blanca y la corbata desarreglada, con la mirada perdida y seducida por el piso, saludaba amarretamente y se dirigía a su despacho con paso perezoso.

A pesar de esa presencia fugaz los efectivos de la guardia siempre se ponían de pie y se cuadraban sin hacer caso a sus señas que les decía que no lo hiciesen. Era el jefe de la dependencia. Inmediatamente el Oficial de Servicio lo ponía al tanto con las novedades de la noche, pero ese día a mitad de camino se detuvo repentinamente, se sacó el sombrero que llevaba puesto y preguntó:

- ¿Qué hace ese Agente acá sentado en mí guardia?

Giró lentamente y colocó sus brazos en jarra, elevando el mentón y sus puntiagudas cejas. Nadie se animó a contestar con celeridad.

- Les pregunto, ¿Cuántas veces tengo que hacer una pregunta?
- ¡Una jefe!, solo una. El Agente se presentó hoy a las ocho horas en virtud de que la superioridad dispuso su traslado a esta División. El radiograma llegó a la madrugada. No lo íbamos a despertar por esa cuestión casi cotidiana -contesto el Suboficial Mayor Néstor “Tarro” Taboada.

Ellos se conocían de mucho tiempo atrás y habían compartido otro destino hacía más de veinte años atrás, lo que le daba al “Tarro” cierta licencia para hablarle y mantenerle la vista fija y en alto. Eran amigos, pero de la puerta para afuera ya que al Suboficial Mayor no le gustaba mezclar los tantos. La escena, que a todos les causaba escalofríos, en la realidad era lo más cercano a una puesta teatral que solo vendía dos boletos.

Ceniza mostró un gesto de sorpresa y señalando al nuevo cuadro le inquirió:

- En investigaciones no puede prestar servicio el personal de tropa, solo los que revistan en los escalafones de oficiales y suboficiales, así que no sé a qué obedece su presencia acá, caballero. Espero que no se haya valido de alguna recomendación fuera de la cadena de mando porque me voy a encargar de dejarlo cesante con un hermoso sumario administrativo que le voy a instruir personalmente, a pesar de lo dicho las ordenes de los superiores hay que cumplirlas siempre.

Ingreso a su despacho, colgó su fedora a pesar de tener sangre gallega, acarició a la imagen de la Virgen de Luján y corrió la cortina para que entre el sol y la ilumine.

Como la gran mayoría de sus mañanas tomaba un té y se ponía a leer las distintas causas penales que procuraban dar luz a oscuros homicidios que tenía a su cargo y ver cuáles eran sus avances. Repasaba a todas ellas, menos una. Era la causa más extensa, la que más fojas tenía, la más amarillenta de todas. La que conocía casi de memoria.

Ese conglomerado de hojas escritas a máquina y cocidas con hijo choricero trataba sobre el homicidio del Sargento Héctor Valdomar, sobrándole motivos profesionales y personales en particular para lograr la detención del autor. El detalle que lo carcomía era la pronta prescripción del memorial judicial.

Y una vez que en su crasa soledad fuera terminada su faena diaria, Ceniza miraba su reloj para ver que la hora en la que se había parado estuviera sin variaciones. Su temerario instrumento se había detenido en el momento preciso en que Valdomar perdía su vida. Es que ellos eran dos pesquisas que trabajaban juntos en esa época y debían encontrarse en el bar de siempre para salir a manyar pungas y mecheras por la Avenida Mitre y la estación Avellaneda, pero el “Peladito” nunca llegó.

Desde ese momento el Comisario tomó las riendas de la investigación a pesar de ser un novel Oficial Inspector y nunca la abandonó. El único detalle que faltaba para darle cierre al asunto era detener al autor material.

Íntimamente sentía que su orgullo profesional estaba siendo infamado, mancillado por un viejo grata que se le esfumo de entre sus manos una fría madrugada cuando le dio vuelta el aguatero en donde paraba detrás de la cancha de San Telmo en la mismísima Isla Maciel. Un hambriento perro callejero delató a “la partida” a unos metros del rancho y así el escurridizo Floreal Amarilla se escapó por los fondos, arrojándose al Arroyo Maciel para nadar hasta vaya saber dónde. La oscuridad y los juncos fueron sus aliados.

Una vez adentro de lo que a los ojos de los incautos parecía una humilde vivienda pudieron ver que solo había una mesa chica, una silla, un calentador a kerosene, una vieja menaje enlozada, una frazada y unos cuantos trozos de sábana blanca ensangrentados sobre un catre maloliente.

No había mucho más para degustar, pero al momento de ordenar la retirada, uno de sus hombres, el Cabo Néstor “Tarro” Taboada descubrió entre las chapas del techo y los tirantes un revólver calibre .38. Era sin duda el arma asesina ya que la autopsia así lo había determinado.

- Muy bien Tarro. Buen ojo -dijo Ceniza mientras miraba fijo hacia el cauce del arroyo.
- ¿Será el arma que uso Amarilla para matar a Valdomar? -preguntó Taboada.
- Sin duda. El proyectil obtenido en la autopsia es del mismo calibre. Ahora sabemos que anda herido. Quiero que le hagan una visita al médico que vive en la calle Montaña, quizás sepa algo. Ese mal nacido se dedica a sanar malandras y a abortar a las chicas de los lupanares. Les aclaro que no es necesario que sea amistosa. Dejame el revólver. Yo me encargo de hacérselo llegar al Juez.

La patota policial se retiró dejando solo a Ceniza. Sacó un puro, lo encendió con un fósforo de cera y le dio una pitada profunda mientras al mismo tiempo que le pegaba una patada al calentador. El kerosene se desparramó y el fósforo encendido se abrazó a él. En pocos instantes la madriguera ardía y al unísono una frase retumbaba en la cabeza al estilo de la inquisición española: “El fuego purifica”, pero se marchaba del lugar con la sensación de que no era suficiente para satisfacer su ira.

Las pesquisas continuaron en lo suyo, pero al pasar el tiempo la muerte de Valdomar se fue sepultando, no solo en bajo la tierra sino además en el olvido de la mayoría de los policías que lo conocían. Al menos en uno la remembranza latía.

Ceniza era dueño de una sensación, la de que en algún momento Amarilla cometería un error y lo atraparía, pero a medida que pasaban los días pudo corroborar que ya había dejado de frecuentar los lugares en los cuales se movía con sesgo de impunidad. No sólo había abandonado a sus compañeros de fechorías, sino también a la que consideraba “la mujer de su vida”.

Un día recibió la noticia que había escapado como polizón a Montevideo en el Vapor de la Carrera desde el puerto de Buenos Aires. Era muy factible, que quien se manejara durante muchos años buscando pleitos en los bares y cabarets cercanos al Riachuelo, conociera a alguien que le pudiera abrir esa puerta de escape.

Tampoco fue a conocer a su último hijo cuando naciera algunos meses después de que se fugara de la justicia, ni asistió a los entierros de sus padres. Sin duda se había convertido como en una figura de humo que se desvanece con una leve correntada de aire.

El tiempo se impuso y ya la policía no preguntaba con insistencia por el prófugo, ni visitaba los conventillos de la Isla Maciel y Dock Sud, ni irrumpía en las mancebías que se habían mudado desde la Capital, llegándose a convertir en una especie de leyenda entre los jóvenes delincuentes. Había matado a un cobani, se piró y nunca lo encanaron.

Este fatídico evento y sus aristas eran hartamente conocidos por todos en la División, menos por el policía nuevito.

Llegó el mediodía y Ceniza decidió ir a comer algo a aquel bar en donde cafeteaba con Valdomar y Taboada. No era una visita de añoranza ya que siguió concurriendo asiduamente, como esperando que algún día su “ñeri”, como dirían los lunfas, se siente frente a él.

Llamó al Oficial de Servicio y le impartió directivas, le dijo que salía a almorzar y que si pasaba algo ya sabía dónde encontrarlo. Pasó por la Oficina de Guardia y sin intermediarios miró fijamente al novato y le preguntó:

- ¿Usted sabe manejar?
- ¡Si Jefe! -respondió firme y enérgico.
- ¿Tiene licencia para conducir?
- ¡Si Jefe!, la tengo en la billetera.

Taboada se llevó una mano al rostro y tapó su mueca de sonrisa, mientras que con la otra mano sacaba la llave del móvil que estaba colgada en un clavo sobre el teléfono y se las daba al debutante chofer. Este las atajó como pudo, ya que no sabía si agarrarlas o mantenerse firme como una estatua.

Unos minutos después Ceniza ya se encontraba en el Bar García Lorca. Saludó a los parroquianos con un “...buen día, buen provecho...” y se sentó en la mesa de siempre, una ubicada estratégicamente para no dejar su espalda librada al azar y poder ver las dos puertas de ingreso, los baños y sobre todas las cosas la caja registradora. Le hizo una mueca a Chirola, el mozo desiempre y le pidió el plato del día.

Transcurrió mansamente su almuerzo, pero al momento de encenderse un habano tuvo visita. Era inesperada, pero grata. Se trataba de un ex jefe por su paso en la Brigada de Investigaciones, Roberto Cisterna.

El apretón de manos fue fuerte y enseguida empezaron a circular los pocillos de café para amenizar la charla.

- ¡Volviste a fumar habanos, veo! Pensé que los habías dejado. Preguntó Cisterna con sorpresa.
- Inevitablemente el lugar me trae recuerdos y no me puedo liberar de ellos. Es un suplicio que se agudiza más con el pasar de los días.

- ¿La causa de Valdomar prescribió ya?
- Queda menos de un mes y de ese mal parido no hay nada. Amarilla se vaporizó. El único aliciente que tengo es que haya pasado a mejor vida, pero me hubiese gustado encanarlo antes, aunque sea un solo día.
- ¿Probaste con abrir la cancha? ¿y tus muchachos que saben?
- Saben toda la historia, pero....
- Pero no se meten porque parecés un perro gruñendo por un hueso sin carne.

Las risas esquivas aparecieron olvidando el entuerto por un rato. No hacía falta indagar mucho sobre el estado de ánimo de Ceniza, Cisterna lo conocía desde cuando apenas tenía plumas para volar y sabía a la perfección de su encono con esa investigación.

La sobremesa terminó y cada uno se fue para su rancho. Ceniza se asomó y llamó a su motorista (decirle chauffer, como lo hacía su abuela, lucía muy afrancesado para este ambiente).

- ¿Comiste pibe? Preguntó el Comisario.
- No Señor.
- Pedite uno bien cargado en el mostrador y que lo pongan en mi cuenta. Manducalo y andá para la plaza. Voy a comprarme unos puros. Nos vemos en la esquina del Mar del Plata, haciendo referencia a otro ilustre bar.

El viaje de regreso se culminó y como en el de ida ninguna palabra se había cruzado. Uno porque no tenía ganas de hablar y el otro porque tenía pánico de hacerlo. El Kaiser Carabela negro quedó estacionado frente a la puerta principal y como rara vez ocurriera Marcial Ceniza ingresó por la puerta principal, se sacó con un movimiento veloz su sombrero y señalando a Taboada le dijo:

- Prepárate el mate y vení para mi despacho.

No había más nada que decir, algo había cambiado y esa sensación flotaba en el aire, parecía que afloraba un pequeño retoño. La manera en que el mandato fue dado y la energía de sus movimientos no era la misma que la de mañana, se parecía más a la de antaño.

Pero de golpe se detuvo y giró su cabeza sobre su hombro izquierdo, buscando con su vista a una persona que se encontraba sentada en la guardia.

En ese preciso instante y con la velocidad de un fulgurante rayo, el Suboficial Taboada dice:

- Jefe, el señor Fariña lo está esperando. Le gustaría hablar en privado con usted.
- ¡El señor Fariña!, decime Tarro: ¿Desde cuándo el Negro Fariña es señor?
- La verdad que no lo sé. ¿Se habrá casado y ahora no es más señorito?, acotó Taboada con sarcasmo.

Unos minutos después Fariña, un viejo conocido de los dueños de casa, estaba en la oficina de Ceniza, el cual sin muchas vueltas lo inquirió:

- ¿Qué te trae por acá? ¿Hace cuánto que no nos cruzamos? ¿te enderezaste?

- Me porto bien, ando tranquilo. No soy el de antes.
- ¿Dejaste de laburar con ese chino que llegó de polizón a Puerto Piojo? Mejor no me contestes. Vayamos al motivo de tu visita.
- Yolanda.
- ¿Quién?
- La Yoli, la jermu del Amarilla. Me la crucé en la feria de Núñez haciendo mandados. Me hice el otario, me escondí y la seguí un par de cuadras. Por el camino que agarró parece que volvió a vivir en la Isla y dejó el conventillo en el que estaba, el de la calle Alem. Se la veía muuuuy feliz, como hace rato no se mostraba. La gente del ambiente comenta cosas, pero nadie vio nada, pero parecería que.....
- ¡¿Qué?! Preguntó Ceniza apretando y mostrando los dientes como un chacal egipcio enfurecido
- Que si hay un premio para este cantor, quien sabe....
- ¡Por supuesto! El premio es que sigas respirando. ¿Está bien? ¿Qué parece?

Tragando algo se saliva y comenzando a sudar, Fariña soltó con cierto temblor en el garguero una pequeña pero contundente frase:

- Que Amarilla se cansó del pire y volvió de su exilio.
- En los oídos del Comisario retumbó ese nefasto apellido: “Amarilla”, pronunciado por un ruin conocido. Ante tal posibilidad, Ceniza trató de esclavizar a su furia contenida, se tomó unos segundos distrayendo su mirada para no fijar sus ojos en Fariña y esbozando un gesto de superación le dijo al “alcachofa”:
- No me interesa más Amarilla, se murió su plenario, lamentablemente para la policía y para mí. Prescribió. Pasó mucho tiempo. Te acompañó hasta la puerta.

La charla fue cortita, no duró más. Lo acompañó al Negro Fariña hasta la puerta y al llegar a la guardia lo miró a Taboada y dijo:

- El señor Fariña se retira, esperemos que siga teniendo la suerte que lo acompañó hasta ahora.

Con el cierre de la puerta nacía un nuevo rumor que pronto la chusma lunfarda convertiría, seguramente, en una buena noticia para algún ingenuo. Una astuta jugada a la que Ceniza apostaba.

Sin que medie descanso en la escena Taboada miró a los policías de la guardia y con sorna les preguntó:

- ¿Cómo andan ustedes para la alpargata?

Ninguno de los ahí presentes entendía lo que sucedía, excepto el Jefe.

- ¿Y ahora? ¿Qué víbora trajo este después de tanto tiempo? Se lo había tragado la tierra y de golpe lo vomitó, expuso Taboada
- Amarilla - profirió Ceniza en un tono suave y casi imperceptible para el resto de los presentes.

Los ojos de ambos cófrades de la vida se pusieron brillosos. Volvía a renacer el ambiente de la cacería por

esos lugares como en tiempos lejanos, en donde se mezclaban los pobres y trabajadores con los que se autobautizaban piolas, ahí en el hondo bajofondo donde el barro se subleva.

- Decíle al Oficial de Servicio que me cite a todos para hoy a las ocho. A todos sin distinción, a todos, incluyendo hasta el personal de maestranza. Hay reunión de trabajo con carácter urgente. Si falta alguno que me traiga a la firma la nota de traslado para que conozca Carmen de Patagones gratis.

Llegaron las ansiadas 20:00 horas para Ceniza. Se tomó lista como en la escuela y todo el personal ya estaba reunido en el espacio más grande del edificio: el casino de Suboficiales. Asistieron también, su Segundo Jefe, el Jefe de la Oficina de Judiciales, el Encargado de la Oficina de Operaciones, los cuales al momento desconocían también los motivos del urgente encuentro.

Marcial ingresó con la enorme causa judicial que ya formaba parte del mobiliario de su despacho y la apoyó sobre la mesa. Saludó de forma solemne a sus subalternos y comenzó su charla:

- - Buenas noches. El motivo de esta convocatoria y su presencia en esta reunión obedece a esta causa judicial. La misma está orientada al esclarecimiento del homicidio de quien fuera el Sargento Héctor Valdomar. Nuestro camarada encontró deslealmente la muerte en un comercio. En el momento en que él estaba como cliente ingresó un individuo con fines de robo. Se identificó como policía y valientemente se trabó en lucha ya que se le dificultó sacar su arma, el sobretodo que llevaba no lo ayudó. Cuando estaba por dominar la situación un segundo ladrón que estaba de campana ingresó al local y lo mató con un disparo en la cabeza. Las pesquisas nos llevaron a identificar a los dos delincuentes. El que ingresó a robar fue detenido poco tiempo después, pero quien disparó aún sigue prófugo. Esa persona, si es que se la puede llamar así, es Floreal Amarilla. Amarilla se domiciliaba alternativamente entre el Docke y la Isla Maciel y al saber que estábamos pisándole los talones desapareció. Creemos que estuvo refugiado en Montevideo durante muchos años. Fue tanto el tiempo que pasó que la causa está a punto de prescribir y cuando digo “a punto” significa que estamos a poquísimos días de que eso suceda. Ahora bien, hay una versión que está circulando: Amarilla volvió a su barrio. Su presencia en esta reunión obedece a que a partir de este momento y hasta un minuto antes que esta investigación vuelva a darle muerte al Sargento Valdomar lo vamos a salir a cazar implacablemente, sin descanso, sin respiro. Hasta el día de hoy abracé egoístamente esta pesquisa, pero necesito que me ayuden a esclarecer y a sacarme el padecimiento que me acucia por la muerte de quien fuera un compañeroy amigo.

El auditorio no se animó a pedir más detalles de esa historia, consideraban que era suficiente ya que la revelación sonó como una fuerte confesión y como un alivio al mismo tiempo, pero no obstante ello Ceniza comenzó a contar la historia reviviendo el desdichado evento y lo que le sucedió a él a partir de esa nefasta espera en el café.

Terminó la reseña histórica y se comenzaron a idear los planes de trabajo. Se formarían grupos de tres policías: todos sin uniforme, dos de experiencia callejera, de esos que los malandras llaman “tiras” y uno de los que trabajan adentro. Este último actuaría como una estafeta y se encargaría de salir a buscar algún teléfono para dar a conocer alguna novedad (si la hubiera) sobre el hallazgo de Amarilla prontamente. También se planificó la recorrida en distintos bares, fondas y copetines entremezclándose con los parroquianos. Lo único con lo que contaban eran con la descripción fisonómica del momento que ocurrió el hecho y una vieja foto de la galería de ladrones conocidos de la Brigada de Investigaciones. Había que manyar un rostro y una estampa que seguro con el pasar del tiempo había cambiado.

Durante una semana, sin importar los horarios, todos los policías de la División Homicidios trabajaron sin descanso. Ceniza esperaba impacientemente en su oficina que el teléfono que se posaba en su escritorio

sonara. Su vista no se aparta de ese aparato de color negro. Todas las tareas realizadas solo habían dado frutos amargos.

A pesar del esfuerzo físico y de no ir siquiera a su casa, Ceniza era dominado por un insomnio cada vez más intenso. La fatiga que lleva la falta de descanso hacía que sus ideas fueran cada vez menos lúcidas, hasta que una imagen entremezclada entre lo premonitorio y lo onírico le puso frente a su vista el agua del Riachuelo. Inmediatamente se dio cuenta que podía haber una ocasión más, una de las más sencillas y que nadie había tenido en cuenta: La Boca del Riachuelo.

Existía la posibilidad de que no estuviese parando del lado de la provincia, sino en la Capital Federal. En el barrio de La Boca. Podría pasar como uno más, entremezclado con los obreros que se mueven por el acceso peatonal del puente o por los botes y en horarios que jamás se hubiese imaginado. Ahí nadie lo conocía.

A pesar de ser ya de madrugada, Ceniza se dirigió a la Guardia y le preguntó al Ayudante de Guardia quién estaba disponible para salir, recibiendo como respuesta: “el nuevo”. Así que agarró al novato, se subió al brillante Kaiser y puso rumbo hacia Isla Maciel. Transitó por la calle Montaña y al llegar a casi la calle Frías el Comisario le dijo al conductor que estacionara donde la luz del farol no llegaba y que se quedara inmóvil adentro del vehículo ya que estaba uniformado. Caminó con las manos en sus bolsillos, la corbata desacomodada y su sombrero puesto hasta el Bar de Suri ubicado en la esquina. La niebla daba el presente y la humedad comenzaba a bañar a los adoquines con minúsculas gotas de agua. Llegó a su ochava e ingresó por la puerta que ahí rechinaba a cada instante con la entrada y salida de los obreros del Frigorífico Anglo, los astilleros y los talleres navales que pasaban por su estaño para tomar un breve trago y salir para enfrentar su faena diaria.

El sino estaba del lado del Comisario. La mesa que descasaba sobre la ventana que miraba a la calle Montaña no tenía clientes. Su ubicación le permitía ver el movimiento de personas que se encaminaban hacia o desde el Riachuelo. Pidió un café y una caña de durazno que no tardó en llegar. Mientras pasaba el tiempo y acariciaba un puro entre sus dedos la niebla se hacía más espesa dejando a penas ver a la altura del cordón de la vereda, cuando una figura delgada se detuvo frente al ventanal, armó rápidamente un cigarro y lo encendió. La poca luz que irradió al momento de la primera pitada fue suficiente para notar algunos de los rasgos duros y angulosos de un rostro tallado en la memoria del policía. ¡Era él! ¡Era Amarilla! Iba de camino para la rivera con pasmosa tranquilidad.

Pero como toda alimaña que está por caer en la trampa distinguió un movimiento, el que hizo Ceniza a dejar prontamente su silla y el pago en la mesa.

Amarilla tuvo dos segundos de ventaja para iniciar a paso ligero su marcha, ya que dos obreros charlaban jocosamente en el ingreso al bar obstaculizando la única puerta. Entre los pedidos de permiso y los leves empujones, el gambeteador de la policía ya le llevaba dos veredas de ventaja. Su inquieta silueta se camuflaba entre la espesa bruma que lo envolvía con su manto blanquecino.

Marcial Ceniza apenas pisó el adoquinado de la calle inició un breve trotecito procurando achicar las distancias, ya que la perspectiva no le era favorable. La silueta perseguida se evaporaba, se desvanecía nuevamente entre otras tantas que desembarcaban de los botes del Riachuelo y los árboles. La confusión visual que tenía dominaba el decorado y ante la incertidumbre de confirmar si era o no su trofeo, de manera instintiva lo llamó:

- ¡Eh! ¡Floreál, aguantá! Soy yo - gritó Ceniza de modo amistoso.

La respuesta no fue la esperada. La persona a la cual pretendía detener en su marcha se volteó llevando su

mano derecha a la cintura, sacó un arma de fuego y efectuó un disparo cuyo fogonazo pareció iluminar los alrededores del pendenciero. Sin mediar otra acción, Ceniza se arrojó al suelo tratando de hacer puntería con un revolver .38 Smith & Wesson a una persona disfrazada de fantasma. La confirmación sobre la presencia del prófugo había llegado.

No quedaba mucha posibilidad de escape. El Riachuelo estaba a metros del encontronazo, pero la suerte cambiaba de dueño. Amarilla pudo abordar un bote que se disponía justo a cruzar hacia la ribera de La Boca ante la mirada del perseguidor. El mismo escapista le daba un empujón al botero para iniciar la navegación empujando a la nave desde el pequeño muelle de arriba. La luz del farol que llevaba la barca iluminaba a Amarilla y a su pasaje a la otra vera.

- ¿Cómo andás Ceniza? Tanto tiempo sin vernos. ¡Que le vas a hacer! Quizás la próxima me quede a charlar un rato, le gritaba exultante Amarilla, mientras apuntaba con su plateada Ballester Molina calibre .45 a la cabeza de una fabriquera de Alpargatas que cruzaba inoportunamente para ir a trabajar.

Ceniza mantenía su arma en alto y apuntando al cuerpo de quien deseaba apresar, pero disparar no era la opción. El pequeño navío siguió su recorrido y en pocos segundos se perdió detrás del espeso telón que se ceñía sobre la Isla Maciel y la tierra de Quinquela.

El Comisario bajó lentamente su brazo extendido y colocó su arma en la cartuchera que llevaba a la cintura con bronca y entereza, pero nunca con resignación.

- ¿Jefe dónde está? El grito tembloroso que salía de la boca del novato policía que se había quedado esperando en el auto se hacía sentir buscando a su superior.
- Acá en el muelle de los botes, -vociferó Ceniza
- ¿Está bien?
- ¡No! Se fue en el bote.
- ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?
- Nada. Volvamos a la División.

Ambos policías se marcharon en silencio del lugar y minutos después arribaban al edificio de la División Homicidios.

Las nuevas órdenes no tardaron en darse. A medida que los policías afectados a la búsqueda se comunicaran por teléfono para dar su presente y recibir órdenes, eran anotificados de que debían presentarse inmediatamente ante su Jefe. Para las 11.00 horas todos estaban reunidos como sucediera días antes.

Sin mediar protocolo alguno el Comisario puso en autos a sus subordinados, sintiendo que había malgastado su bala de plata, hasta que uno de los presentes pidió permiso para hacer una proposición.

Se trataba del Suboficial Mayor Daniel Galleguillo, un efectivo que ya debía estar jubilado hacía varios años.

- Perdón Jefe, pero quisiera exponer una idea.
- Adelante Galleguillo, lo escuchamos -dijo Ceniza.
- Tendríamos que hacer algo como para hacerlo salir de la covacha y que cruce para este lado del

Riachuelo, vaya a saber en qué conventillo o aguantadero está parando. Como prender fuego y echar humo en la puerta de la madriguera esperando que la rata salga. Hay que chucearlo para que caiga en la ratonera.

- Es una magnífica idea, pero necesitamos algo concreto mi estimado.
- ¿Cómo o con qué lo chuceamos? -inquirió el Comisario.
- Fácil, algo como matarle un crío el día del niño o algo así para que le duela en el alma. Ahí sí que va a salir.

Un sepulcral silencio invadió la reunión y nadie más se animó a emitir opinión después de semejante propuesta.

- Gracias Galleguillo por su aporte. Todo el mundo a la Guardia, el Segundo Jefe y Encargado de Operaciones a mi despacho, dijo Marcial Ceniza.

Una vez los tres solos las miradas se cruzaron como buscando un pie para iniciar la reunión.

- ¿Hace cuánto que Galleguillo está en la División? Preguntó Ceniza
- Unos dos o tres años, lo trasladaron de la Brigada de Investigaciones por pedido de un Juez para acá para que esté más tranquilo, aclaró el Segundo Jefe.
- ¿Para que esté más tranquilo? -preguntó incrédulo el Jefe de Operaciones.
- Sí, buscaban que esté sosegado porque tiene un amplio historial de enfrentamientos con delincuentes que pasaron a mejor vida. Toda una institución en temas de balaceras dijo con tono irónico el Subcomisario.

Todos tenían su opinión sobre la idea propuesta, una clara convicción sobre ella, coincidiendo que no era tan mala pero sí muy escabrosa. Aprovechar una desgracia para alcanzar el cometido no estaba mal, lo reprochable era gestarla.

La reunión se extendió por la tarde hasta que una inesperada interrupción volvió a sacudir a los policías reunidos. Taboada abrió la puerta y dirigiéndose a Ceniza le dijo:

- ¡Marcial!, vamos a la joyería del moishé que está frente a la plaza, acaban de matar en un tiroteo a dos tipos que la quisieron robar.
- ¡Adiviná!, uno de ellos era el hijo de Floreal Amarilla.
- ¡Galleguillo! ¿¡Dónde está Galleguillo!?! -preguntó presuroso Ceniza.
- Quedate tranquilo, no salió del edificio. Está en el casino de suboficiales tomando mate -le contesto Taboada mientras se desternillaba.

En breves minutos todos los policías se encontraban mezclados entre los curiosos para desplegar la trampera ante la posibilidad de que Floreal Amarilla se acercara al lugar. Pasó el tiempo, el sol se marchó, los curiosos se fueron yendo, los policías de la comisaría encargados de documentar el tiroteo culminaban con su faena. Los dos cadáveres transitaban hacia la morgue judicial y las expectativas se volvían a desvanecer,

A pesar del cuadro los sabuesos no se habían quedado tranquilos y comenzaron a espiar con sutileza los

lugares donde se domiciliaban sus familiares y ver qué hacían en los preparativos del velatorio. Para acelerar estos menesteres, desde la División Homicidios ya había salido un chasqui para ir a ver al doctor Juan Brulc con la intención de pedirle que acelere la operación de autopsia y entregue el cadáver de Amarilla hijo a los deudos.

A la medianoche la ambulancia de una cochería se hacía presente en la morgue y un rato después organizaba el velatorio en el conventillo de la calle Alem donde una buena parte del malandrane local se daba cita para despedir a uno de los suyos.

La madrugada se vistió de eterna para Ceniza dedicándose solamente a no perder de vista su conocido teléfono con la esperanza de que sus subordinados habían podido manotear a la presa más deseada, pero solo escuchó la tímida novedad de que ya el cortejo fúnebre se encolumnaba hacia el cementerio a las diez de la mañana.

Convocó al Oficial de Servicio para ordenarle que alistara el Kaiser y al “nuevito” para que haga de chofer, manifestando que quería que lo lleve al juzgado a entregar la causa penal que durante tantos años lo desveló. Salió de su oficina con el mamotreto bajo el brazo, paso por la guardia y se marchó sin emitir una palabra. Abrió la puerta trasera del auto para depositar el papelerío y desando sus pasos para mirarlo con resignación a Taboada y decirle al Ayudante de Guardia:

- Encargate que toda la gente deje lo que está haciendo y se vaya a dormir a la casa. Tarro, acompañame.
- Subieron al auto, miró a su novel conductor y le dijo:
- Al cementerio, métele pata. Cuando lleguemos ahí para en una florería. ¿Cómo te llamás vos?
- Ceferino Sánchez, señor, - dijo con voz temblorosa.

Llegaron frente al cementerio, Ceniza se bajó del vehículo y compró una docena de claveles rojos. Ascendió fugazmente al vehículo lo miró Sánchez con el rostro desencajado y señaló:

- Vas a entrar a la capilla donde le dan el último responso al hijo de Amarilla. Vas a ir con ese cortejo fúnebre caminando al final con la cabeza gacha, mirando al piso. Necesito que seas visible así los puedo seguir a la distancia. Cuando lleguen a la tumba te vas a colocar mirando la puerta por donde tienen que salir los vehículos y me vas a ubicar donde estoy. Si me llegó a mover vas a tener que protegerme a la distancia, desplazándote con cautela en el mismo sentido, pero sin acercarte mucho. Vas a venir conmigo cuando yo te lo marque. Tarro, vos vas a caminar a mi derecha a unos veinte o treinta metros.

Y así fue, el Agente Sánchez cumplió a rajatabla la orden de su jefe, no era para menos, lo había sacado a la cancha sin conocerlo y no podía fallar. Unos veinte minutos después y mezclado entre media centena de personas estaba parado frente al foso que minutos antes había cavado unos empleados municipales.

Ceniza se mantenía a la distancia, escabullido atrás de unos árboles mirando el escenario, Taboada sentado mirando una tumba cualquiera, cuando de golpe el primero notó que se acercaba al lugar otro empleado vistiendo el clásico atuendo de los sepultureros, un sombrero de paja y con una pala en la mano, hasta que algo le llamó la atención. El fulano se detuvo y se mantuvo a una distancia de unos cincuenta metros de donde era el enterramiento y mostró un gesto de congoja. Agachó su rostro y se llevó una de sus manos a los ojos. Era él. Se había disfrazado, no podía ser ni más ni menos que Floral Amarilla. Ese era su presentimiento, su olfato se lo marcaba.

La mueca del enterrador mostraba que estaba quebrado. El viejo policía tomó la calle interna del camposanto, levantó el ramo de flores para taparse y camuflar un poco su rostro y cansinamente dio inicio su procesión, mientras tanto Sánchez y Taboada empezaron a hacer lo mismo para no perderse de vista.

El dolor de Amarilla era más fuerte y empezó a moverse lentamente hacia donde ya descansaban los restos de su hijo. No lo vio crecer, no lo pudo abrazar y ahora no lo podía despedir. La distancia entre ambos se acortaba, pero el encuentro se hacía eterno, como si todo estuviese congelado. Ceniza se detuvo unos metros antes y comenzó a moverse como mostrando dudas, lo que confundió a Sánchez, hasta que encaró definitivamente al supuesto empleado.

- Disculpe me podría decir dónde queda el panteón de policía, - dijo Ceniza.

La pregunta tomó por sorpresa a quien ahí estaba parado y no supo qué contestar, atinando solamente a soltar la pala.

El policía inmediatamente arrojó las flores al piso y sacó de entre sus ropas su revólver para tomarlo de la solapa de la camisa y apuntarlo.

- Quédate quieto Amarilla, por fin te llegó la hora, soltó el Comisario con furia silenciosa.

El viejo delincuente intentó escapar, pero los años y la carga del remordimiento que tenía en ese momento había mermado su agilidad. Dejó ver su rostro marcado por tantos años de vida de prófugo a su perseguidor con un sesgo de resignación. No tuvo tiempo siquiera de decir una palabra, Taboada y Sánchez se movieron como perros de presa y lo amarrocaron en dos movimientos. Acorralado por tan solo dos policías vetustos y un novato se entregó mansamente, vio que no valía la pena comenzar otra balacera. Sabía que había perdido.

- ¿Y ahora qué vas a hacer conmigo Ceniza? - alcanzó a exhalar Amarilla.

- Te voy a enseñar dónde está el panteón de policía - rebatió Ceniza mientras recogía las flores del piso.

Caminaron hasta el final del cementerio e ingresaron al panteón donde Amarilla fue un testigo obligado de cómo el cazador acomodaba su homenaje en los floreros de la tumba del Sargento Héctor Valdomar y mientras acariciaba el frío mármol del nicho murmuraba:

- Peladito acá te lo traje. Acá lo tenés. Ya no tengo ninguna deuda con vos. ¡Cumplí!.

Enfiló hacia la puerta del mausoleo y le preguntó a Sánchez:

- ¿Qué hora tiene? Mientras miraba su reloj detenido

- Once y diez.

Lo puso en hora y volvió a darle cuerda, con la grata sorpresa que aún andaba.

La visita terminó y sin mediar otra palabra o gesto. Los cuatro marcharon hacia el auto policial que esperaba en la puerta de la ciudad de los muertos. Ahora solo restaba llevar al detenido y la causa al juzgado antes de que prescribiera.